

JORDI ARMADANS

Movimiento por la paz: evolución, cambio e impactos

El artículo parte de la curiosa contradicción que, en general, sufre el movimiento por la paz: aun siendo uno de los movimientos sociales más visibles en los últimos años, con algunos momentos puntuales de gran participación popular y de fuerte impacto social, esa demostración de fuerza e, incluso, su gran dimensión iconográfica, convive con un profundo desconocimiento de la realidad, alcance, complejidad y objetivos profundos del movimiento por la paz. Es plural y diverso, está poco centralizado y burocratizado, y resulta difícil precisar sus límites, márgenes e integrantes. En parte por ello, sus estrategias y propuestas no han sido siempre necesariamente coherentes y convergentes. Pese a ello, el movimiento por la paz ha sido un agente social que ha ejercido una nada menospreciable influencia en el discurso social así como una cierta incidencia sobre el ámbito político en los últimos cincuenta años.

Aunque en las aportaciones teóricas del pacifismo moderno se tiene de la paz una visión global que no solo hace referencia a la ausencia de violencia física (paz negativa) sino también a la afirmación de valores y condiciones de justicia, libertad y dignidad (paz positiva),¹ al hablar del *movimiento por la paz* en este artículo nos referiremos a los grupos y campañas centradas en el desarme, el antimilitarismo, la no violencia, la denuncia de las guerras y la educación por la paz. De lo contrario, por movimiento por la paz estaríamos hablando de la práctica totalidad de campañas, grupos y ONG.

El movimiento por la paz, tal como lo conocemos, surgió en los años sesenta del siglo XX, a la par que otros incipientes movimientos de la época: el ecologista, el feminista, etc. Años más tarde, desde la sociología política y las ciencias sociales hubo consenso en denominar esa ola contestataria con la expresión de Nuevos Movimientos Sociales (NMS).² Aunque este análisis

Jordi Armadans es director de la Fundació per la Pau y miembro de AIPAZ y del Steering Committee de IPB

¹ J. Galtung, *Sobre la paz*, Fontamara, Barcelona, 1985.

² Hay varios libros interesantes para profundizar en los NMS. Especialmente recomendaría: R. J. Dalton y M. Kuechler (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Edicions Alfons el Magnànim, València, 1992; J. Riechmann y F. Fernández Buey, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona, 1994; P. Ibarra y B. Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid, 1998.

Especial

ha perdido vigencia en la literatura académica de los últimos años, continúa siendo interesante analizar los elementos de ruptura entre los Movimientos Sociales (MS) clásicos y los NMS.

Esencialmente, los NMS planteaban un escenario de reivindicaciones más amplio que los MS tradicionales. Así, más allá de reivindicaciones relacionadas con el eje económico, desde los NMS se habló también de opresiones y agresiones de otro tipo, las que se daban en otros ámbitos aparentemente menos “políticos” (género, modelo de vida, violencia, consumismo, etc.) pero que terminaban por dificultar unas relaciones humanas realmente libres, dignas y creativas.

La base de apoyo o los miembros de estos NMS ya no estaban únicamente vinculados por su condición de clase sino por perspectivas morales e ideológicas. Los NMS, pues, respondían más a la lógica de una comunidad de valores que no de intereses.

La acción de los NMS fue mucho más creativa y huyó de los modos de participación convencional. A nivel interno se organizaron de forma más participativa y horizontal, dando casi más importancia al «cómo luchamos» que al «para qué luchamos».

En fin, los NMS —a diferencia del mundo político clásico (ya fuera el institucional o el revolucionario al uso)— no pretendían la consecución del poder político sino el cambio social y cultural. No aspiraban a la revolución futura completa, sino que trabajaban para transformar la realidad más cercana y, así, influir en la sociedad.

Ciertamente, el movimiento por la paz ejemplificaba a la perfección ese esquema analítico pues se trataba de:

- a) *un proyecto ideológico amplio*: que incorporaba la reivindicación de justicia social (violencia estructural), también alertaba del militarismo (violencia física) y de la aceptación de la violencia (violencia cultural) como elementos que impedían una sociedad más pacífica;
- b) *estaba formado por una base social plural*: el deseo de paz alcanzó a gente muy diferente constituyendo una clara comunidad de valores;
- c) *fue de los que más innovaron en su acción social*: no sólo porque pusieron en práctica nuevas formas de intervención (acción no violenta, desobediencia civil, etc.) sino porque las fundamentaron teóricamente (teorías no violentas, coherencia entre medios y fines, etc.);
- d) *actuaba en el «aquí y ahora»*: la(s) objeción(es) de conciencia son una buena muestra de ello. No se limitaban a reclamar el fin de los ejércitos: pasaron a la acción con la voluntad de visualizar otros valores y otras prioridades que podían estar en la base de otras políticas de seguridad y, así, poner en crisis el modelo que pretendían cambiar.

Orígenes y desarrollo del moderno movimiento por la paz

Podemos encontrar expresiones de pacifismo (actitudes personales, proclamaciones, declaraciones y acciones colectivas de oposición a la guerra y a la violencia) en muchos contextos históricos y geográficos. La semilla del pacifismo, pues, es lejana y compleja.

Aún así, el movimiento por la paz tal como lo entendemos es un movimiento moderno y contemporáneo. Y aunque encontramos algunas raíces significativas hace más de un siglo (sin ir más lejos, una de las redes globales más importantes de ONG por la paz –la International Peace Bureau (IPB)– nació el año 1892), hasta la segunda mitad del siglo XX, con la eclosión de los NMS, el movimiento por la paz no adquirirá condición de actor cívico global.

Tres son, quizá, los momentos fundacionales de este nuevo actor social:

- 1) En primer lugar, en los años sesenta en EE UU. Partiendo de estudiantes y sectores militantes, contando con la experiencia del movimiento de derechos civiles y el legado de la lucha de Gandhi en la India, la repulsa por la participación norteamericana en la guerra de Vietnam llegará a adquirir dimensiones públicas y masivas. Huelgas, acciones imaginativas, boicots, objeciones de conciencia, manifestaciones, vínculos con la contracultura incipiente que aún le dieron más dimensión pública, etc., serán algunos de los elementos que convertirán al movimiento de oposición a la guerra en uno de los más presentes socialmente en los años sesenta.
- 2) En segundo lugar, en Europa occidental, en los años setenta y ochenta del siglo XX, la instalación de armas nucleares en diversos países constituirá un catalizador para el surgimiento de un amplio movimiento de crítica a la política de bloques, de rechazo a la carrera de armamentos y de oposición a la nuclearización. Durante aquellos años se registrarán algunos de los momentos más significativos de movilización social, por cantidad (elevada participación en manifestaciones en varias ciudades europeas), intensidad (años con constantes movilizaciones) y radicalidad (más allá de manifestaciones, se organizaron boicots y bloqueos, algunos con gran repercusión, como por ejemplo el campamento de mujeres de Greenham Common).
- 3) En tercer lugar, sin tanto peso y visibilidad, cabe reseñar que en Europa del Este se desarrollarán colectivos y grupos que reivindicarán la perspectiva de la paz: algunos de carácter oficialista, vinculados a los regímenes políticos del bloque soviético, y otros de carácter disidente y alternativo, con conexiones y voluntad de diálogo con el movimiento por la paz occidental.

El movimiento por la paz, crítico e incómodo con ese contexto de militarización, autoritarismo, política de bloques, utilización de países del Tercer Mundo por parte de las poten-

cias para dirimir en territorios alejados sus enfrentamientos, carrera de armamentos y peligro nuclear, se convertiría en uno de los pocos actores colectivos que impugnará los fundamentos en los que se sustentaba la guerra fría.

Esa dimensión, en ese momento tan rompedora y atrevida, también fue el principal motivo por el cual, con la distensión entre las dos potencias, la disolución del bloque soviético y la disminución de los arsenales nucleares, apareciera como descolocado, anclado a unos contextos que ya llevaban camino de superarse. Por ello, no es de extrañar que en los primeros años de la década de los noventa, el movimiento entrara en una cierta crisis o sus manifestaciones más significativas perdieran fuerza.

Siendo cierta la existencia de esta crisis no lo fue tanto como para creer –por parte de muchos analistas, intelectuales, periodistas e incluso activistas– que el movimiento entró en crisis a finales de los ochenta y, prácticamente, no se recuperó hasta las manifestaciones contra la guerra de Iraq en 2003 para, al cabo de poco, volver a recaer en crisis.

Así, antes de continuar con la crónica histórica, creo necesario clarificar esa imagen distorsionada con tres reflexiones que, a su vez, nos permitirán abordar más adecuadamente la esencia, complejidad y el grado de transformación protagonizado por el movimiento por la paz.

El movimiento por la paz es más que la suma de grupos pacifistas

Un primer elemento que hay que clarificar es que al analizar el movimiento por la paz –así como cualquier otro movimiento social que haya generado grandes movilizaciones sociales– hay que diferenciar entre el movimiento en sí y los grupos, colectivos y ONG que lo integran.

Un movimiento social es un agente colectivo, generalmente difuso, magmático y en red, que incide en el proceso de transformación de la sociedad. Mientras, los colectivos, grupos formales y las ONG son organizaciones (aunque con diferentes niveles internos de institucionalización) que trabajan en unos objetivos definidos previamente, desarrollan unos programas o campañas establecidas y se dotan de unas estructuras de trabajo más o menos organizadas.

Dentro de un MS encontramos ONG y grupos organizados, pero unos cuantos colectivos, grupos u ONG no forman por sí solos un MS. Un MS necesita de unas organizaciones que lo impulsen o identifiquen, pero es algo más: se nutre de una complicidad y de una implicación externa al núcleo principal de los colectivos impulsores de ese movimiento. En los

momentos de máximo impacto popular de un movimiento lo que sucede es que el conjunto de organizaciones que participan activamente de él consiguen atraer para su causa concreta (por su simplicidad, por su evidencia, por ser vista como fundamental por el conjunto de esa sociedad, etc.) a una parte significativa del resto de agentes cívicos, sociales, políticos y mediáticos.

En el caso del pacifismo dicho proceso es muy claro. Si comparamos los momentos en que ha conseguido un considerable impacto social (guerra Vietnam en EE UU, armas nucleares en Europa, OTAN en España o guerra de Iraq en todo el mundo) con momentos de poca visibilidad y aparente debilidad del movimiento (por ejemplo, campañas sobre gasto militar, reivindicaciones por la paz en Balcanes, Congo, Sudán, Chechenia u otros conflictos) veremos que buena parte de los grupos pacifistas organizados han sido fundamentalmente los mismos en los momentos de máximo impacto y en los de mínimo impacto. Sin embargo, en los primeros casos han existido otros actores que se han acercado, han participado y han ayudado a crear una gran movilización social alrededor de esa reivindicación puntual.

El movimiento por la paz se convertiría en uno de los pocos actores colectivos que impugnara los fundamentos en los que se sustentaba la guerra fría

Así, la izquierda política, grupos cristianos, movimientos antiglobalización, grupos ecologistas, colectivos feministas, ONG de desarrollo o movimientos de liberación nacional han jugado, dependiendo del tema y del momento, un papel crucial en el impacto global de la acción pública del movimiento por la paz pero, lógicamente, no todos estos grupos se pueden considerar identificados con unos postulados genéricos de cultura de paz, no violencia o antimilitarismo.

Sin duda, el gran altavoz que se consigue en estos momentos es, a la vez, uno de los principales problemas del movimiento por la paz. Cuando termina la gravedad de aquel motivo de movilización, o se ve irrealizable el objetivo, buena parte de los círculos cercanos al núcleo se desactivan y parece que el movimiento por la paz desaparece.

Además del hecho de que se confunde gravemente la existencia y la fuerza del movimiento con la movilización en la calle (más adelante abordaremos esta cuestión), de esta manera acaba por consolidarse la percepción de que el movimiento por la paz constituye una simple reacción puntual a determinadas guerras imperialistas e injustas o a excesos militaristas y armamentísticos.

Sin embargo, y este es el segundo elemento a clarificar, el movimiento por la paz va mucho más allá de esto.

El movimiento por la paz es algo más que el «¡No a la guerra!»

Desde el movimiento por la paz se pretende unas relaciones humanas, personales y colectivas, fundamentadas en la justicia, la libertad, el respeto a la diferencia y el diálogo, y el aprendizaje y la práctica de otras formas de resolver los conflictos que no pasen ni por la aceptación de la injusticia, ni por la práctica de la violencia, ni por la lógica del autoritarismo o la exclusión.

Las guerras o el militarismo extremo, son solo los elementos más brutales y visibles de un modelo económico, social y político considerado fallido e injusto, pero no el único problema. Así, por ejemplo, las armas nucleares son fruto de una percepción de seguridad fundamentada en la fuerza y la disuasión militar. Sin transformar este modelo (objetivo real del movimiento) en otro que busque la construcción conjunta de percepciones globales y compartidas de seguridad humana, las armas nucleares no dejarán de existir. O el fin del servicio militar obligatorio en España, fruto en buena parte de la oposición activa de miles de jóvenes a través de la objeción de conciencia y la insumisión. Sin embargo, ¿era esto lo que perseguía en última instancia el movimiento? No, el movimiento de objeción e insumisión, buscaba la deslegitimación de los ejércitos y poner a debate si un mundo más seguro y en paz era compatible con el rol central en la seguridad que tenían los ejércitos y la militarización de la economía, la política de seguridad y la sociedad (a través de la “mili” obligatoria) que ejercían. Y así, podríamos añadir muchos ejemplos más.

Crisis del modelo de movimiento, no de la necesidad y urgencia de la opción por la paz

Con el fin de la guerra fría, uno de los momentos más críticos para el movimiento por la paz, los primeros datos y análisis apuntaban a que el militarismo se reduciría, que irían desapareciendo los escenarios de guerra o que se concretaría un “dividendo de la paz” (la transferencia de parte de los recursos económicos que se consumían en la carrera de armamentos hacia políticas sociales, educativas y de cooperación).

Pero no fue así: el enfrentamiento entre los bloques dio paso a una mayor visibilidad de la crudeza de las relaciones económicas y comerciales entre un Sur periférico y un Norte que diseñaba unas reglas globales acordes con sus intereses. Por otro lado, del miedo a

una guerra nuclear pasamos a la realidad de unos conflictos armados, normalmente intraestatales, participados por una gran diversidad de actores armados y, aunque quizá menos intensos y espectaculares, tremendamente más complejos de abordar y con una elevada cifra acumulada de víctimas. La violencia, pues, continuaba siendo el modo básico de afrontar los conflictos. Con todo ello, además, se verá que más allá de la amenaza de las armas nucleares existe el impacto real de unas armas pequeñas que son las responsables de la práctica totalidad de las víctimas de la violencia en el mundo. Y, en fin, la terrible persistencia de la violencia estructural, la vulneración de los derechos humanos en tantos lugares, el débil respeto al Derecho internacional y el salto a la escena del nuevo terrorismo global, terminarán por dejar claro que el anhelo de paz estaba (¡y está!) lejos de concretarse.

En definitiva, quizá el movimiento por la paz de las décadas de los años sesenta, setenta y ochenta entró en crisis en la de los noventa. Pero la necesidad de cuajar un trabajo por la paz ambicioso era tan necesaria y urgente como antes.

Las guerras o el militarismo extremo son solo los elementos más brutales y visibles de un modelo económico, social y político considerado fallido e injusto

¿Un nuevo movimiento?

Analizar de nuevo el mundo, detectar las contradicciones y carencias, proponer alternativas y adaptarse a las nuevas posibilidades de acción, es lo que hizo –con convencimiento o con resignación– el movimiento por la paz durante los años noventa. Y, a finales de la década, podemos considerar que vuelve a emerger, eso sí, bajo otros parámetros, otros conceptos y otras dinámicas de las que caracterizaron al movimiento que eclosionó en las primeras décadas.

Si queremos buscar un referente que permita concretar y dar cuenta de esos cambios, podríamos hablar de la Conferencia Internacional de la Sociedad Civil por la Paz que se celebró en La Haya en Mayo de 1999. Cuatro redes internacionales, varios Premios Nobel de la Paz y alrededor de 1.000 ONG de todo el mundo convocaron una ambiciosa conferencia que pretendía situar los retos de la cultura de paz. Más de 10.000 personas acudieron a una cita que, entre otras cosas, generó la Agenda de La Haya por la Paz y la Justicia para el Siglo XXI.³ Un encuentro y un documento que, quizá sin pretenderlo, dejó constan-

³ *The Hague Agenda for Peace and Justice for the 21st Century*, versión online en inglés y español disponible en www.hague-peace.org. Existe versión catalana editada por Fundació per la Pau, Barcelona, 2000

Especial

cia de la evolución teórica, conceptual y metodológica que estaba viviendo el movimiento por la paz.

De hecho, dos años antes la campaña internacional para la prohibición de las minas⁴ logró un éxito enorme (la consecución de un tratado y la recepción del Nobel de la Paz el mismo año) con unos planteamientos y metodologías sensiblemente diferentes a lo que hacía el movimiento por la paz en los años sesenta y setenta. Eso, sin duda, fue una experiencia dinamizadora y transformadora para una parte del movimiento.

Las expresiones y demandas del movimiento por la paz original siempre se habían caracterizado por ser genéricas y maximalistas. La experiencia de la campaña contra las minas, y los cambios sociales, culturales y políticos después del fin de la guerra fría, abrirán otras perspectivas a la intervención social y política.

Así, muchas campañas (bombas racimo, control del comercio de armas⁵) se van a plantear objetivos más modestos y concretos, dentro de una perspectiva más gradualista. A la hora de hacer acciones se tenderá a contar con los medios de comunicación y se buscará su capacidad de generar empatía hacia las causas colectivas. Se percibirá que, además de la acción y liderazgo de los grupos pacifistas habrá que contar con la complicidad de otros agentes (ONG, política, diplomáticos, etc.) para que los objetivos puedan llegar a buen término y, finalmente, se pensará en clave más global, haciendo hincapié en una buena coordinación internacional.

Impactos e influencia, más allá de la movilización en la calle

Precisamente al abordar los impactos e influencias del movimiento, es bueno recuperar –y deshacer– otro entuerto que habitualmente gravita en los análisis sobre el movimiento por la paz: el de considerar que el movimiento está bien de salud cuando hace grandes movilizaciones en la calle y mal cuando no es capaz de hacerlas o de que sean masivas.

A parte que, como decíamos antes, no debe confundirse la gente y los sectores que el movimiento por la paz consigue movilizar con el movimiento por la paz estrictamente hablando (o con sus núcleos más activos y regulares), lo cierto es que identificar el período

⁴ Sobre la campaña contra las minas, un buen y reciente informe, hecho por algunos de sus protagonistas: S. Gosse, M. Wareham y J. Williams (eds.), *Banning Landmines: Disarmament, Citizen diplomacy and Human Security*, Rowman Littlefield, 2008.

⁵ Para profundizar más en estas nuevas campañas: V. Fisas, *El lobby feroz. Las ONG ante el comercio de armas y el desarme*, Icaria, Barcelona, 1998; J. Alcalde Villacampa, *Campanyes internacionals de desarmament: un estat de la qüestió*, Oficina de Promoció de la Pau i els Drets Humans, Barcelona 2010.

1982-1986 (movilizaciones contra la OTAN en España) o el 2002-2004 (guerra de Iraq) como momentos de gran fuerza del movimiento por la paz y considerar que los inmediatamente posteriores son de crisis refleja un análisis muy simplista y presupone valorar la capacidad, fuerza e incidencia del movimiento por la paz sólo a partir del grado de movilización social en la calle. Efectivamente, se trata de un indicador importante. Pero no puede ser el único.

Para empezar, es absurdo comparar niveles de movilización social en épocas tan distintas como los sesenta, los ochenta o la actualidad. El entorno social, político y económico, las formas de relación e interrelación social, los cauces de participación, los usos del tiempo libre, etc. son diferentes en cada época y, obviamente, ello influye en la capacidad y tipo de movilización de la gente.

En segundo lugar, otras formas de acción y movilización han conseguido apoyo social, eco mediático e impacto político sin ser manifestaciones masivas, por ejemplo: más de 2.500 científicos y científicas se declararon objetores de conciencia a la investigación militar;⁶ centenares de escuelas y centros de secundaria rechazaron la introducción de la cultura de defensa declarándose “escuelas objetoras”⁷ y consiguiendo desbaratar los planes iniciales del Gobierno.

Y, en tercer lugar, un factor importante a analizar es la capacidad de “contaminar”, de hacer llegar los contenidos de paz a otros ámbitos y espacios. A mi entender, uno de los principales éxitos y consecuciones del movimiento por la paz que podemos constatar en la actualidad.

Hechos que hoy encontramos normales hace 25-30 años eran impensables, incluso en los momentos más álgidos de movilización. Por sólo citar algunos en el caso español: la inclusión de la educación por la paz en los currículos escolares (recordemos cuando esto solo se hacía por parte de educadores voluntariosos y militantes, casi a escondidas); la introducción de los temas de educación por la paz en la formación de los movimientos de educación en el tiempo libre; la posibilidad de estudiar asignaturas y licenciaturas o realizar cursos de posgrado y doctorado sobre cultura de paz y gestión de conflictos en las universidades cuando, hasta hace bien poco, muchos de estos temas eran vistos con condescendencia por gran parte del mundo académico.

⁶ Para conocer más sobre esta campaña: J. Armadans, «I+D militar en España: crítica y propuestas de reorientación» en J. Riechmann (coord.), *Perdurar en un planeta habitable. Ciencia, tecnología y sostenibilidad*, Icaria, Barcelona, 2006; VVAA, *Por la paz: ¡No a la investigación militar! Sobre la militarización de la ciencia y algunas de sus alternativas*, Ediciones Bajo Cero, Madrid 2006. [web histórica de la Campaña: www.noalainvestigacionmilitar.org]

⁷ Para más información sobre esta y otras campañas véase E. Prat Carvajal, *Moviéndose por la paz. De Pax Christi a las movilizaciones contra la guerra*, Hacer, Barcelona 2006.

Y no solo la capacidad de llevar la paz a otros ámbitos sino también la de conseguir que otros sectores compartan algo de las teorías y prácticas del trabajo por la paz: por ejemplo, el desarrollo de técnicas, especialistas y gabinetes de gestión y resolución de conflictos en el ámbito familiar, escolar, laboral, vecinal o jurídico o el hecho cierto de que algunas ONG de cooperación al desarrollo o de defensa de los derechos humanos hayan asumido como propios postulados hace años solo asumidos por colectivos antimilitaristas y pacifistas.

De hecho, esa capacidad para implicar en el trabajo por la paz a otros actores, o de conseguir su complicidad en diferentes momentos del trabajo que se desarrolla, han sido claves en todos los recientes éxitos o consecuciones del movimiento por la paz: Tratado de prohibición de las minas (1997); Tratado de prohibición de las bombas racimo (2008) a nivel global; fin del servicio militar obligatorio (1996) o consecución de una ley que regula el comercio de armas en España después de 21 años de secretismo y falta total de transparencia (2007) en España, o adopción de la Ley de Fomento de la Paz en el Parlamento catalán (2003) y la creación del Instituto Catalán Internacional por la Paz, ICIP (2007), en el caso catalán.

¿Institucionalización o incidencia? ¿Debilidad o nuevas complicidades?

Sin duda, la evolución y transformación del movimiento por la paz en los últimos años genera dudas y debates difíciles, ahora mismo, de resolver plenamente.

Por un lado, el menor grado de protesta y trasgresión del movimiento así como el mayor gradualismo de sus propuestas y la mayor capacidad de incidencia en el mundo político e institucional, puede ser visto de maneras muy diferentes: como una muestra de “institucionalización” (pérdida de su radicalidad y crítica originarias) o bien como una muestra de mayor eficacia en su incidencia.

Por otro, el hecho de que algunos de los actores que desarrollan “trabajo por la paz” no puedan considerarse como “movimiento por la paz” (no solo por la dificultad de encajar su rol en la definición de movimiento sino porque una parte de estos actores no se reconocerían como miembros del mismo) ¿quiere decir que el movimiento es débil y que sus temas son recogidos por otros sectores ante la falta de liderazgo del movimiento por la paz? o bien quiere decir que el movimiento por la paz tiene mayor capacidad de generar complicidad y contagio social?

Habrà tiempo para valorar más a fondo esos interrogantes.⁸ Sin embargo, podemos apuntar dos cuestiones.

En primer lugar, la posible institucionalización del movimiento, nos guste o no, es una tendencia científicamente demostrada en todo movimiento social: cuando surge es innovador, radical y rompedor y con el tiempo pasa a convertirse en un actor más, mínimamente integrado en su entorno y más previsible en sus propuestas y actitudes.

En segundo lugar, si entendemos que el movimiento por la paz es un instrumento (no un fin en sí mismo) para cuestionar el militarismo y la guerra y hacer emerger la necesidad de construir otros valores, otras prácticas, otras políticas y otras estructuras más coherentes con la paz, está claro que los cambios, impactos y pequeños avances que se vayan produciendo en esta línea (sean generados estrictamente por el movimiento o se hayan conseguido con el apoyo de otros sectores que han incorporado con normalidad en su bagaje algunos de los análisis y visiones del pacifismo, la no violencia y el antimilitarismo) representan una buena noticia para quienes en los años cincuenta y sesenta empezaron a soñar con un mundo en paz.

⁸ Algunas reflexiones más sobre estos debates se pueden encontrar en J. Armadans, «El resurgir de la contestación pacifista» en E. Grau y P. Ibarra (coords.), *La red en la calle ¿Cambios en la cultura de movilización? Anuario 2003*, Icaria, Barcelona, 2004.